

Edgardo Colón-Emeric

La visión teológica de Óscar Romero

Liberación y transfiguración de los pobres

Colón Emeric, Edgardo Antonio
La visión teológica de Óscar Romero : liberación
y transfiguración de los pobres / Edgardo Antonio
Colón Emeric.
- 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Guadalupe, 2020.
Libro digital, Book "app" for Android

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Pablo Rubén Andiñach.
ISBN 978-950-500-803-2

1. Espiritualidad Cristiana. I. Andiñach, Pablo
Rubén, trad. II. Título.
CDD 241.6

Diseño de tapa: Patricia Leguizamón
Desarrollo digital: Patricia Peralta
Traducción: Pablo Andiñach.
Ilustración de tapa: Eduardo Colon Emeric

Editorial Guadalupe
Mansilla 3865
(1425) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.editorialguadalupe.com.ar
ventas@editorialguadalupe.com.ar

Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina
Concordia 4422
(1419) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.uca.edu.ar/facultad-de-teologia
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Óscar Romero's Theological Vision by Edgardo A. Colón-Emeric. Copyright ©
2018 Edgardo A. Colón-Emeric.
Spanish language translation rights licensed from the English-language
publisher, University of Notre Dame Press, by arrangement with Indiana
University Press.
All rights reserved.

Impreso en Argentina-Printed in Argentina
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de
reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra
sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La
infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra
la propiedad intelectual.



A Cathleen, Lito y Benben.

Y a mis hermanas y hermanos de América Central.

Cristo vive. De verdad vive.

Abreviaturas

Diario: Óscar Romero, *Mons. Óscar A. Romero: Su diario* (San Salvador: Imprenta Criterio, 2000).

Evangelii Nuntiandi: Papa Paulo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 8 de diciembre de 1975, http://w2.vatican.va/content/paul-vi/en/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html.

Gaudium et Spes: Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 7 de diciembre de 1965. www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_en.html.

Homilías: Óscar Romero, *Homilías: Monseñor Óscar A. Romero*, ed. Miguel Cavada Diez, 6 vols. (San Salvador: UCA Editores, 2005–9). También en audio y transcritas en <http://www.romerotrue.org.uk/homilies-and-writings/homilies>.

Lumen Gentium: Papa Paulo VI, *Lumen Gentium*, 21 de noviembre de 1964, www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_en.html.

Medellín: Conferencia II, Medellín, en *Las Cinco Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano*, ed. Consejo Episcopal Latinoamericano (Bogotá: Ediciones Paulinas, 2014).

Populorum Progressio: Papa Paulo VI, *Populorum Progressio*: Encíclica sobre el desarrollo de los pueblos, 26 de marzo de 1967, http://w2.vatican.va/content/paul-vi/en/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum.html.

Puebla: Conferencia III, Puebla, in *Las Cinco Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano*, ed. Consejo Episcopal Latinoamericano (Bogotá: Ediciones Paulinas, 2014).

Sacrosanctum Concilium: Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 4 de diciembre de 1963, www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19631204_sacrosanctum-concilium_en.html.

ST: Tomás de Aquino, *The Summa Theologica of St. Thomas Aquinas*, trans. Fathers of the English Dominican Province (Allen, TX: Christian Classics, 1948). También *Suma de Teología* (Madrid, España: Biblioteca de Autores Cristianos, 1988).

Voz: Óscar Romero, *La voz de los sin voz: La palabra viva de Monseñor Romero*, ed. Rodolfo Cardenal, Ignacio Martín-Baro, y Jon Sobrino (San Salvador: UCA Editores, 1980).

Agradecimientos

Durante los últimos años Óscar Romero ha sido para mí una compañía constante. He tenido su imagen a la vista mientras leía las Escrituras y oraba. Los archivos de audio de sus homilías han estado en mis oídos en muchos momentos. El altar en el que fue asesinado ha sido, una y otra vez, el lugar donde renové mi compromiso de vida con Jesús. Y, sin embargo, un pastor Metodista puertorriqueño como yo, que escribe un libro sobre un obispo Católico salvadoreño martirizado, no es una combinación obvia. Reconocer la rareza de esta conjunción es ya un testimonio de fe y un motivo de gratitud.

Escuché hablar por primera vez de Romero durante mis estudios secundarios en una escuela jesuita en Puerto Rico. Los sacerdotes que enseñaban allí conocían muy bien la situación de Centroamérica y compartían con nosotros las noticias sobre lo que estaba sucediendo a fines de los años 70 y principios de los 80. Cuando la película *Romero* apareció en las pantallas en 1989 no demoré en ir verla. El actor Raúl Juliá, quien interpreta el papel de Romero, era graduado de mi escuela. El estreno de esa película fue seguido por la trágica noticia del asesinato de los sacerdotes jesuitas en la Universidad Centroamericana. Es así que la convergencia de estos eventos me impactó y contribuyeron a que dejara mis estudios de ingeniería para dedicarme a estudiar teología.

Cuando en 2007 ingresé como docente a la Facultad de Teología de *Duke Divinity School* decidí organizar un grupo de lectura en castellano. No estaba seguro de qué leeríamos hasta que me encontré con uno de los posibles miembros de ese grupo en la biblioteca. Mientras conversábamos en medio de las pilas de libros mis ojos se

posaron en una colección de las homilias de Romero. La idea derivó en la formación de un grupo de lectura de Romero. Nos reuníamos todos los miércoles para leer y debatir en castellano (y en *spanGLISH*) la homilía de Romero para el leccionario de la semana. Las horas que pasamos con esas homilias nos impactaron mucho. Mis estudiantes y yo quedamos impresionados por las paradojas de la enseñanza y el modo de vida de este prelado: un profeta patriótico, un amante de los pobres y de los papas, un sacerdote sencillo y un poderoso predicador.

Cuanto más leíamos, más nos maravillábamos y nos sentíamos inspirados por la transparencia del testimonio que Romero nos brindaba de Cristo. Pero como es habitual en todo Seminario, los estudiantes vienen y van, y el Grupo de Lectura de Romero desapareció luego de algunos años. Sin embargo, sus palabras encontraron terreno fértil en muchos de nosotros. En algunos de mis alumnos, esas semillas brotaron en ensayos, conferencias e incluso tesis sobre Romero. En mi caso, esas semillas eventualmente se convirtieron en este libro; pero para que eso sucediera fue necesario buscar raíces en el suelo salvadoreño.

Viajé a El Salvador en el invierno de 2007 para sentar las bases de futuras peregrinaciones de estudiantes del Seminario a América Central. Fue entonces cuando visité el Hospitalito donde Romero vivió como arzobispo y murió como mártir. En ese momento, no me imaginé que este sitio de peregrinación se convertiría en una parte tan central de mi peregrinación profesional y espiritual. A través de una peculiar cadena de eventos, en 2010 me convertí en el director de un programa de formación de pastores y pastoras para las Iglesias Metodistas de América Central. Desde entonces la teología de Romero y los sitios de peregrinación asociados con su historia (el Hospitalito, la UCA, la catedral y El Paisnal, por nombrar algunos) se han sumado al plan de estudios del programa, a la formación

espiritual de los maestros y estudiantes, y a mis intereses de investigación. El lema episcopal de Romero, “*sentir con la iglesia*”, se convirtió en el lema de los graduados de nuestro programa centroamericano y uno de los pilares de mi visión para la educación teológica. Más que eso, el testimonio de la Iglesia Metodista en América Central me convenció de que el legado de Romero es tan rico que excede a la Iglesia Católica.

En diciembre de 2015 los estudiantes del Curso de Estudios Metodistas en América Central visitaron la ciudad de Juayúa en El Salvador. La plaza central había sido el sitio de una matanza de personas de ascendencia indígena en 1932. La iglesia está ubicada en el lado oeste de la plaza y se la conoce como la Iglesia del Cristo Negro debido a la enorme figura de un Cristo crucificado de piel oscura que se exhibe por detrás y por encima del altar. Los lugareños dicen que la estatua fue tallada en madera oscura por los misioneros franciscanos en el siglo XVI en su esfuerzo por descolonizar el Evangelio y hacer que Cristo se pareciera más a las personas que vivían en la región.

Sin embargo, estudios más recientes han aportado nuevos datos a su historia. La madera del Jesús era en un principio de una tonalidad clara. Siglos de interacción química entre la madera y el humo de las velas han oscurecido el color del Jesús crucificado. En la iglesia los estudiantes centroamericanos se involucraron en un ejercicio de *lectio divina*. Al pie del Cristo Negro, leyeron la historia de la transfiguración varias veces y reflexionaron sobre preguntas como: *¿Es bueno para nosotros estar aquí? ¿Qué ves cuando miras a este Cristo transfigurado en negro? ¿Crees que el Padre está complacido en esta representación de su hijo? ¿Qué sientes? ¿Temor? ¿Confusión? ¿Cómo te pide Jesús que respondas? ¿Ves la gloria de Cristo en este rostro? ¿Encuentras la liberación en esta imagen? Se nos dice que el semblante de Jesús*

cambió mientras él oraba (Lucas 9:29), ¿Cómo ha cambiado la apariencia del rostro de Jesús en respuesta a tus oraciones? ¿Qué le dirías a la gente sobre lo que has visto en este lugar? Más tarde tuvimos un tiempo para reflexionar sobre lo que habíamos sentido. Algunos de mis alumnos interpretaron esta representación como errónea. Jesús no era negro. ¿Y por qué lo buscamos en la cruz? Él no está muerto; él ha resucitado. Otros lo interpretaron como una buena noticia. Jesús se viste de piel oscura porque las personas de piel oscura han sufrido durante siglos en esta parte del mundo. En efecto, la piedad de la gente descolonizó a Jesús. Cuanto más oraban, más se oscurecía su piel. Ese encuentro en Juayúa despertó mi interés sobre el tema de este libro. Ya sea negro oscuro o blanco resplandeciente, la transfiguración de Cristo altera nuestras expectativas con respecto a la identidad del Hijo de Dios. Esta es la razón por la que la visión teológica de Óscar Romero no pudo evitar ser un escándalo para algunos, aun cuando fue una buena noticia para muchos.

Después de Juayúa desarrollé aún más el tema de la transfiguración durante varias presentaciones en los EEUU; en el *Encuentro sobre Homilética* llevado a cabo en Atlanta, en la primavera de 2016; en la *Conferencia sobre la Gloria de Dios* en la Universidad de Durham en el verano de 2016; y en la *Conferencia dedicada a Romero* en la Universidad de Notre Dame, en el año 2017. Mientras trabajaba en estos documentos y presentaciones, comencé a comprender el modo en que el estudio de este sacerdote católico centroamericano confirmó la vocación de un teólogo metodista puertorriqueño. Todo es recibido según la condición del receptor, dice Tomás de Aquino. De manera que cuanto más clara se hacía mi visión de Romero, más evidentes eran los paralelos con John Wesley, el fundador del movimiento Metodista.

Ambos son ejemplos de lo que en los círculos académicos

metodistas se denomina, en palabras de Wesley, *practical divinity*, y que hoy llamamos teología práctica. Ambos están interesados en una visión teológica que sea popular, pastoral y profética. Y cuanto más entendía la visión teológica de Romero y procuraba vivir de acuerdo con ella, más auténticamente metodista se hacía mi testimonio de Cristo.

La historia de cómo llegó a ser este libro muestra que no es solo fruto de mi trabajo. El camino desde ver una película sobre Romero a escribir un libro sobre él ha sido largo, pero ha sido bueno porque he disfrutado de buenas compañías en el trayecto. Deseo agradecer al equipo editorial de la *University of Notre Dame Press* por su especial atención y apoyo desde la propuesta inicial en el otoño de 2016 hasta la edición, el formato y la impresión en 2018 de este libro.

Agradezco a los miembros del Grupo de Lectura de Romero, en particular a Ismael Ruiz-Millán, quien vive y lidera el Grupo en el espíritu de Romero; a Mathew Whelan, cuya valiente tesis sobre Romero y la reforma agraria me convenció de la importancia y viabilidad de una monografía centrada en la enseñanza de Romero. También agradezco a los asistentes de investigación que han apoyado mi trabajo durante este proyecto: Justin Ashworth, Katie Benjamin, Mandy Rodgers-Gates y Alberto La Rosa por su ayuda para reunir materiales, discutir argumentos y leer borradores.

Estoy especialmente agradecido a mi esposa Cathleen y a mis hijos Nate y Ben. Han debido soportar los muchos días y noches que pasé fuera de casa en Centroamérica y mis largas charlas sobre Romero. Sin su paciencia, su amor y su sentido del humor, este libro no hubiera sido posible. Más que eso, siempre me ayudan a recalibrar mis prioridades y a redescubrir la alegría y el valor de mi vocación como esposo y padre.

Por sobre todo agradezco a Dios. La Escrituras dice que “... todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces” (Santiago 1, 17). Romero fue un regalo, un ejemplo de lo que John Wesley llamó la perfección cristiana: el amor perfecto a Dios y al prójimo. Para cuando se publique este libro Óscar Romero ya habrá sido canonizado. El beato Óscar Romero será san Óscar. El hecho de que un santo haya crecido en la tierra de El Salvador muestra la mentira de quienes piensan que lo único que este país ofrece al mundo son las pandillas y su violencia.

Lamentablemente, la elevación del arzobispo a los altares se lleva a cabo en un contexto tan polarizado, injusto y violento como siempre lo ha sido. Sin embargo, aunque la canonización no traerá paz, su declaración como santo es una afirmación de fe: Dios aún no ha terminado su misión a través de Romero. El don de Monseñor Romero sigue entregándose. Para aquellos que están dispuestos a recibir este regalo, descubren que todavía tiene poder para hablar y actuar. Mi esperanza es que seamos más lo movilizados a trabajar por una paz profética y una reconciliación liberadora en nuestra tierra y en todo el mundo. Si Dios lo quiere. Primero Dios.

24 de marzo de 2018,
Fiesta de Óscar Romero.

Agradecimientos para la edición castellana

Dice el salmista dirigiéndose a Dios: “Coronas el año con tus bondades, y tus recorridos fluyen abundancia” (Sal 65, 11). En el tiempo desde que la edición en inglés de este texto fue publicada, Dios me ha coronado con sus bondades y mis agradecimientos abundan. He recibido muchas expresiones de aprecio por este libro, tanto del mundo académico como de tantas otras personas. De hecho, para mi gran sorpresa, este libro fue premiado por la Asociación de Editoriales Católicas de los Estados Unidos. Me siento aún más agradecido por los mensajes alentadores que he recibido de personas comprometidas con la misión en el ámbito católico y de personas que trabajaron junto a Romero. Gracias a la publicación de este libro, he tenido la dicha de conocer a Guillermo Cuéllar. Ya estaba en deuda con él por su música la cual juega un papel importante en el argumento de este libro. Ahora estoy bendecido por su amistad y agradecido por su nueva aportación a con un prefacio.

Deseo agradecer a las editoriales que han facilitado la publicación de este libro. Doy gracias al equipo de la *University of Notre Dame Press* por permitir la traducción al español y a Pedro Pitura de la Editorial Guadalupe, de Argentina, por reconocer el potencial de divulgar este trabajo en el mundo hispanoparlante.

Estoy especialmente agradecido con Pablo Andiñach. Sin su amistad este libro permanecería en inglés. Él fue el primero en exhortarme a publicarlo en español y en ofrecerse como traductor principal. Estoy también agradecido con su hija Rosaura quien lo apoyó con la

traducción. También tengo que dar gracias a mi hijo Benjamín quien me ayudó con las referencias bibliográficas.

Finalmente, doy gracias por el reconocimiento que Romero ha recibido al ser canonizado en Roma. Solo Dios puede santificar a un ser humano, pero el tardío reconocimiento del regalo de Dios que es Romero corrige el agravio de las décadas de olvido y distorsión de su persona y obra. Claro, por años el pueblo lo llamaba san Romero. La canonización expresa el sentir de la iglesia como pueblo e institución y certifica no solamente las virtudes heroicas y los milagros de san Óscar, sino también su misión y enseñanzas. En fin, al declararlo santo, se canoniza la certeza de su visión teológica.

Fiesta del día de Todos los Santos, 2019.

Introducción

La canción latinoamericana y la teología de la transfiguración Guillermo Cuéllar-Barandiarán

Conocí al arzobispo Romero a mediados de la década '70, cuando me planté ante su presencia, Era yo un imberbe estudiante de filosofía que se encaminaba hacia una casta profesión, aparte de relucir en el mundillo religioso en virtud de mi destreza musical. Todavía no sé qué de este parco currículo le habrá inducido a convidarme al ruedo de sus colaboradores establecidos.

Con el tiempo, el prelado se vio inquirido a causa de alguna de mis interjecciones cantadas, ya que éstas se difundían a través de la emisora católica y, gracias a ello, se introducían alborozadamente en las celebraciones y el accionar de las regiones diocesanas que bullían -unas más otras menos- con el empuje del Medellín¹ postconciliar.

En ese preciso instante, Romero advirtió que a su lado campeaba, no sólo un portavoz de la pastoral juvenil, si no, sobre todo, un decidido trovador cuya creatividad se nutría de la “canción protesta” (o “canción latinoamericana”² como prefiero apodararla).

Sin pensárselo mucho pues, el arzobispo resolvió estar a la escucha de las novedades de tan inopinado arte. Sobrevinieron así algunas conversaciones ásperas. Monseñor nunca tuvo empacho alguno en enrostrarme, con particular franqueza, ciertos pasajes que yo entonaba frente a multitudes cada vez más entusiastas y numerosas.

No obstante, he de reconocer que, en estos careos, él nunca se salió de un marco decoroso. Pero lo más relevante en esta trama seguramente será que... ¡Nunca me mandó a callar!

Claramente no puedo precisar las cavilaciones que habrán pasado por la mente del jerarca metropolitano. Lo cierto es que, en medio de sus reservas, algo hizo que le hallara sentido a mi azaroso oficio melodioso. Probablemente haya sido -pienso ahora- la feroz persecución dictatorial que iba diezmando vertiginosamente a la institución eclesiástica en la tolvana sociopolítica nacional. Eso fue, quizá, lo que propició momentos deslumbrantes en los que el alto vocero en su púlpito se dejó llevar por el soplo de alguna de mis odas creadas para honrar a los cientos de líderes de base, catequistas, misioneras, monjas, clérigos, que iban cayendo, casi a diario, en aquel período de verdadera tribulación:

«Uno de nuestros compositores populares,³ cantando a la muerte del padre Rafael Palacios, dice esta preciosa frase: «Dios no está en el templo, sino en la comunidad», Homilía del 2 de septiembre de 1979. Óscar Romero: Homilías. Tomo V. San Salvador: UCA Editores, 2008, p. 266.

Romero admitió, aun con reparos, el rol de la faena trovadora en sus dominios, donde recrudecía la represión. Los “Mártires de El Despertar”, por ejemplo, tuvieron su canción. Obsérvese la perífrasis del predicador que alude a las armas gubernativas que masacraron a los 4 jóvenes y al sacerdote en la madrugada del sábado 20 de enero del año 1979:

«... esta comunidad... vive en un mundo donde el pecado está entronizado. Y es la lucha del Reino de Dios una lucha para la que no se necesitan tanquetas ni

metralletas... La lucha se bate con guitarras y canciones de Iglesia, se siembra en el corazón y se reforma un mundo...», Homilía del 21 de enero de 1979. Óscar Romero: Homilías. Tomo IV. San Salvador: UCA Editores, 2007, p. 193.

La música -mi música- fue, por consiguiente, el punto de conexión con monseñor Romero.⁴ Ése fue el “gancho” que tuve con él; un “gancho al hígado”, a decir verdad, que en ocasiones logró desnivelarme. Pero como pude me sostuve mientras creía a pie juntillas que yo estaba en lo correcto, y que era él quien se desubicaba a veces.

Un buen día, sin qué ni para qué, el arzobispo me mandó a componerle un himno al “Divino Salvador del Mundo”, patrono espiritual de nuestra nación. ¡Fue un sablazo! Ahora me doy cuenta de que, con la tal petición, me estaba lanzando un puntiagudo desafío para ponerme a prueba. ¡Claro! ¿Cómo iba a confiarme tan relevante pieza sacra si venía impugnando los versos más expresivos que acoplaba en mis canciones?

La historia es larga, y trae cola; por eso la abrevio puntualizando que, después de rumiarlo durante todo un año, logré, por fin, componerle al buen pastor el cántico que él quería. Recuerdo haber dejado a un lado lo escamado que me sentía, aunque no pude borrar de mi cabeza que el último verso del bregado himno me traería problemas.

Por eso, hasta el sol de hoy, siguen conmoviéndome dos hechos: primero, mi instintiva decisión de ir a entregarle la letra apenas dos días antes de que nos lo arrebataran de modo criminal; y luego, su insólita aprobación que le condujo a presentarla, de modo oficial y sin decir “agua va”, en la que llegaría a ser su última homilía pública:

«Una nota simpática también de nuestra vida diocesana: Que un compositor y poeta nos ha hecho un bonito

himno para nuestro «Divino Salvador». Próximamente, lo iremos dando a conocer», Homilía del 23 de marzo de 1980. Óscar Romero. Homilías: Tomo VI. San Salvador: UCA Editores, 2009, p. 445.

He retrotraído esta vivencia⁵, no por una monomanía de restituir mi sensitiva alma artística, sino porque la bienaventurada peripecia llegó a convertirse -décadas más tarde- en una chispa que encendió destellos reflexivos que iluminaron un objeto de estudio no apreciado durante largo tiempo.⁶

El magnicidio de Óscar Romero ha espoleado la producción de una abundantísima bibliografía que trata, de modos diversos, en tantas lenguas, perspectivas y géneros, la vida y el legado del arzobispo mártir salvadoreño, recién canonizado por decreto romano.

Divisando esta feraz cosecha -más que variopinta, a menudo, repetitiva⁷- se podría convenir, por moderación, poner en cuarentena cualquier texto que venga a recargar este maremágnun editorial.

Sin embargo, para no caer en intransigencia, bueno será anteponer un prerrequisito: Toda vez que entregue un conceptuoso planteamiento cuya versada argumentación devele una perspectiva inédita -o no examinada aún en profundidad- en ese caso, dígase amén al radiante ejemplar que venga ... ¡y a leer se ha dicho!

Allanado el impasse, me dedico entonces a tratar de justipreciar el contenido que alberga el título de reciente cuño: *The Theological Vision of Oscar Romero. Liberation and The Transfiguration of the Poor*, el cual tenemos entre manos ya traducido.

La Visión Teológica de Óscar Romero: Liberación y La Transfiguración del Pobre constituye un trabajo del teólogo metodista, Edgardo Colón-Emeric, del cual puedo afirmar,

anticipadamente, que salda con creces la condición antedicha.

Baste decir que el libro de Colón-Emeric constituye el segundo tratado⁸ ¡en cuatro décadas! que se consagra de lleno, de modo sistemático y exhaustivo, al inerme objeto de estudio que antes se dejó insinuado: El develamiento de una teología de genuina factura romeriana. “Esto no es comida de hocicones”, como reza el dicho. Y lo que se expone a continuación ofrece el contexto adecuado, para que pueda vislumbrarse el mérito que entraña la investigación consumada por el teólogo metodista.

Hace un par de años se celebró, en la región natal de Óscar Romero, un simposio, a propósito del primer centenario de su natalicio (1917-2017).⁹ El cónclave se propuso estudiar y discutir a fondo, por primera vez, una etapa sistemáticamente desatendida en la mayoría de los recuentos relativos a la vida del ahora santo salvadoreño.¹⁰

Entre las materias que el cónclave puso en relieve y profundizó, hay una en especial que interesa acá. Es aquella que deja ver que, ya desde su arranque como cura en la diócesis de San Miguel (1942-1967), el padre Romero adelantó reflexiones específicas, en recurrentes ocasiones y por diferentes medios, en torno al tenor nacional y al significado teologal que albergaría la festividad de «La Transfiguración». Vale la pena que echemos un vistazo a aquella temprana visión del párroco recién tornado de Roma, la que quedó al descubierto en las ponencias que se inscribieron en las Actas del Simposio que se llevó a cabo en la diócesis de San Miguel entre el 27 y 28 de julio del 2017.¹¹

«El hombre debe amar a su patria. Y cuando el bien de ella lo exige, debe el patriota sacrificarle hasta la vida... Sin arrancar ese amor a la patria -y más bien robusteciéndolo- el católico debe amar hasta el delirio,

hasta el sacrificio, a su Iglesia.... Porque el salvadoreño que sabe doblar su rodilla ante el Divino Salvador, el día 6 de agosto, sabe rendir un sincero tributo de patriotismo a El Salvador en lo más íntimo del corazón de la Patria», Óscar Romero (10 de febrero de 1945). Chaparrastique No 1557, tomo I, p. 39; (10 de agosto de 1946). Chaparrastique, No 1632, tomo I, p. 71.

La asamblea y los ponentes del simposio migueleño, en un destello de dos días, arrojaron luz de manera competente sobre pasajes velados, sumamente decisivos, referentes a las varias dimensiones que atañen a la vida y el pensamiento del padre Romero en su primera etapa sacerdotal: su eclesiología, su espiritualidad, su pastoral, su personalidad y su pensamiento.

Leemos y releemos ahora los hallazgos, los avances, las circunspecciones, las conclusiones que surgieron al final del congreso, y nos damos cuenta del “tesoro” que ha sido desenterrado. Llama la atención nada más que, en la programación estudiosa, ninguno de los investigadores de este período inédito pensó en tomar la ruta teológica.

Esta omisión me lleva a pensar que, en efecto, las destrezas teológicas del padre Romero se perfeccionarán durante su período arzobispal; cuando apechuga la urgencia de animar a su pueblo, actualizando la palabra sagrada desde su púlpito, en un período sumamente aciago. Ese es el momento en que destella con mayor brillo su filo exegético.

Nunca Romero enfrentó tanto la necesidad de sacar de sí mismo lo mejor de su adiestramiento en las aulas vaticanas, como cuando vivió su período de tres años predicando frente a su pueblo que tenía sed de Dios, sed de sentido trascendente, de fortalecimiento en la penuria del cuerpo y del espíritu.

Y si bien es cierto que sus aperos pensadores son

notables ya en su época de párroco en San Miguel, Romero no topa con la premura de ir a fondo sobre el misterio salvífico de la Transfiguración de Jesús, sino hasta que se planta desde su púlpito-cátedra como arzobispo de una nación a punto de estallar en una guerra encarnizada.

Este es el momento justamente para hablar de “la emergencia en Romero de una teología de la Transfiguración”.¹² Allí se detecta la consistencia de una maestría escatológica que emerge genuinamente del mismo Romero, desde su mente, su memento y su momento.

Alrededor de la figura de monseñor Romero han sido colocados varios rótulos. No son muchos, aunque sí muy explícitos, y aspiran a permanecer en la “larga duración”.¹³ Uno de esos letreros minimiza el rol de “teólogo” en la trayectoria de Romero. Tal disminución se ampara en el hecho de que muy poco, o nunca, se le vio asociado a menesteres propios del ámbito académico. No obstante, protagonistas religiosos que lo conocieron muy de cerca atestiguan la valía que tuvo para Romero “su paso por la Gregoriana”, habiéndole “marcado para el estudio y los esquemas lógicos”, y propendiéndole a hacerse de una “inmensa y selectiva biblioteca de teología y pastoral”.¹⁴

Al respecto, me atengo a mi propio y reposado balance. Es muy improbable que aquel virtuoso seminarista, enviado a estudiar en las doctas cátedras “gregorianas” (1937-1943) para embeber una educación marcadamente teológica¹⁵, haya resuelto tirar por la borda esa formación, desatendiendo así, a lo largo de su extenso e intenso servicio sacerdotal y episcopal, el compromiso de erigir su personal pensamiento revestido con apropiadas claves hermenéuticas.

Otro de los tejuelos adheridos a la figura del mártir, lo presenta como no alineado, poco identificado, o renuente, con respecto a la teología de la liberación. Aquí el mismo

Romero se encargó de esclarecer el asunto en varias ocasiones.¹⁶ Pero lo que aquí realzo es que las franquezas que profirió en su momento no podrían haberse dirigido en su propio perjuicio; es decir, sus declaraciones al respecto no traen como corolario el hecho de que Romero reganara del afán teologal durante su ministerio sacerdotal y episcopal.

Creo que el filtro aplicado a este rol específico en Romero, haciendo hincapié en que “no era un intelectual, no era un teólogo... era sobre todo un pastor”,¹⁷ responde más a una urgencia de bajarle el tono a la retórica ultraconservadora que jura y perjura que “Romero fue sobornado por la teología de la liberación”; fue víctima de una “manipulación ideológica del sector marxista” incrustado en la iglesia latinoamericana. Empero también creo que esta persistente relativización del rol teológico en Romero consiguió, simultáneamente, sofrenar cualquier iniciativa que se atreviera a indagar sobre ese aspecto.

¡Pero ya no más! Porque aquí se nos ofrece, listo ya, el valioso trabajo de Colón-Emeric que dirime la cuestión. Ahora es posible asumir que la elaboración exegetica, efectivamente, se movió con soltura en el pensamiento de Romero, especialmente durante la postrema etapa de su vida como Arzobispo de San Salvador.

¿Pero qué corona tiene Colón-Emeric como para saltarse las trancas y avanzar tan fresco a zambullirse en el manantial de reflexión teológica que fluye en la pluma y en el verbo del más augusto personaje de la institución católica latinoamericana del siglo XX?

Para empezar, sépase que no es un canónigo que obedece dictámenes procedentes de las riberas del Tíber. Tampoco es un enclaustrado teólogo en las nubes. Edgardo Colón-Emeric es un intelectual de primerísimo nivel, incorporado a una de las universidades más prestigiosas de los Estados

Unidos;¹⁸ al mismo tiempo, es pastor metodista de originaria cepa sociocultural latinoamericana. De modo que el autor posee, a todas luces, las credenciales idóneas para explorar a sus anchas, sin aprensiones ni circunloquios, el objeto de estudio que se propuso: reconocer y explicar la elaboración teológica característica del ahora santo salvadoreño.

Si se pudiera, hipotéticamente, abstraer su aforo académico, pienso que las dos últimas filiaciones le asistirían divinamente para bregar en su cometido. De modo que, al aplicar todo su bagaje, Colón-Emeric logró comprender el crisol donde confluyeron dos dinámicas tangentes, que, al mezclarse, hicieron mella en el corazón pensante de Romero. He allí el meollo de lo que ha desentrañado el evangélico investigador.

Colón-Emeric plantea que el ritmo del pensamiento teológico del arzobispo se aviva mediante una insólita conjunción entre la narrativa cívico-eclesiástica fundacional de la nación salvadoreña y la emergencia de una expresión artística singular que coincidió con su período como arzobispo. Esta conjunción fue todo un proceso penoso, hay que resaltar; una verdadera proeza para el prelado que no estaba provisto como para asimilar de golpe el impensado fenómeno que saltó ante sus ojos en sus propios fueros: la canción contestataria integrada al quehacer pastoral y a la solemnidad cultural.

Me viene de perlas, para rematar estas deliberaciones, un certero discernimiento redactado por Pablo Andiñach, Pastor de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina, Doctor en Teología con especialidad en Antiguo Testamento, y Profesor de la Universidad Católica y de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino en Argentina. Dicho sea de paso, Andiñach es amigo personal del autor, y es, además, el traductor que ha hecho posible esta edición del libro en

idioma español.

Dice así este ilustre varón:

*«El autor expone la teología de Romero en base a sus homilías y a su valoración (y crítica) de los cantos litúrgicos, las llamadas “Misas centroamericanas”. El lector de estas líneas quizás no sepa que en la tradición metodista y evangélica de Colón-Emeric, la predicación es el lugar privilegiado para exponer las Escrituras, y los cantos e himnos un espacio particular de exposición de su teología. Al punto que se dice que “los metodistas cantan su teología”. ¿Será que esa particular tradición evangélica allanó el camino para buscar en la predicación y los cantos la teología de Romero?».*¹⁹

Con todo lo antedicho, sumamos en este instante un recurso que se aviene, como anillo al dedo, a lo que venimos discurriendo. Se trata de un folio que recientemente ha salido a la luz pública, gracias a una discreta ventana que se ha entreabierto en el acervo documental de Romero luego de concluido el proceso de canonización en Roma. Cabe aclarar que Colón-Emeric nunca tuvo a la vista el documento que se colocará a la vista, ni siquiera en los postreros momentos cuando daba los últimos retoques a su tratado. Por tanto, al presentarse *a posteriori*, esta verificación documental enaltece de manera contundente el enfoque visionario del teólogo investigador.

Véase a continuación la Ilustración 1 que exhibe el facsímil de una cuartilla de bloc rayada, en la cual se registra el mapa conceptual que, con caligrafía apresurada, Romero redactó para guiarse en la oratoria de su último sermón dominical. El documento nos regala la visión de una de las habilidades eruditas que el arzobispo logró pulir en su época de estudiante de teología en Roma. Ya topamos antes con el testimonio de un fraile que lo conoció y trabajó

estrechamente con él durante varias décadas: “Su paso por la Gregoriana lo había marcado para el estudio y los esquemas lógicos”.²⁰

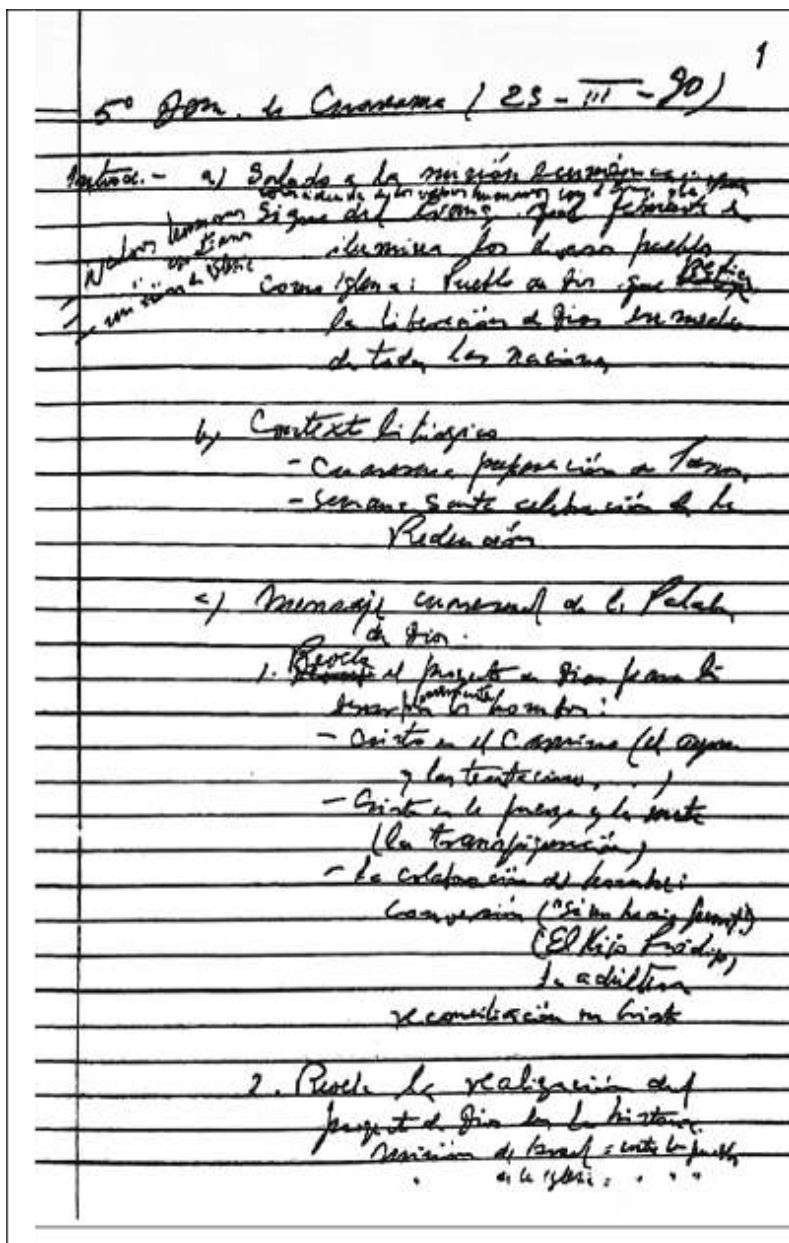


ilustración 1. nótese el primer renglón del folio donde aparece el período litúrgico y la fecha: “5º domingo de cuaresma (23-iii-80).” véase el resto de los renglones donde romero bosquejó, de su puño y letra, el mapa conceptual que le sirvió de guía para la oratoria de su última homilía pública.

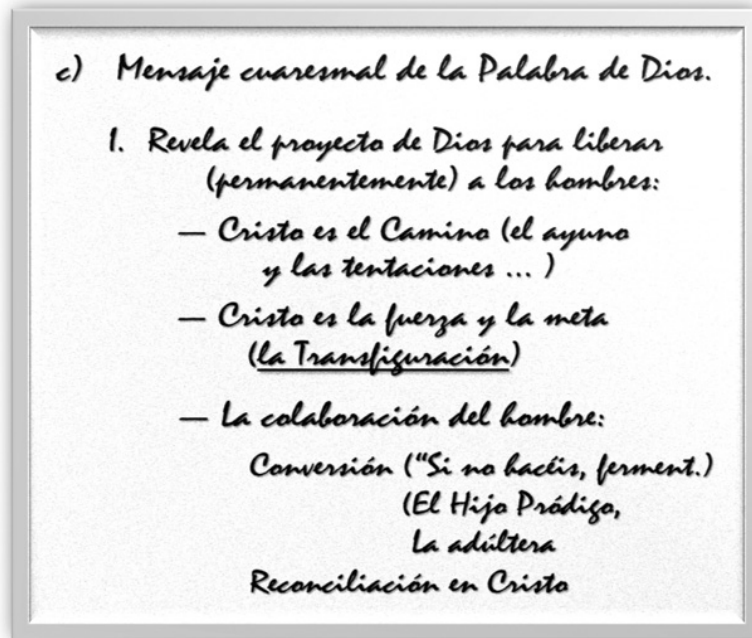


ilustración 2. nótese en este enfoque ampliado del literal (c) el avance ejecutivo del esquema pergeñado por el arzobispo Romero. Obsérvese que la idea central es la fuerza salvífica de Jesús transfigurado. Romero se propone enarbolar esta noción amalgamada en su pensamiento, justo en la homilía donde “firmó su sentencia de muerte”, dado su dramático llamado a las fuerzas dictatoriales a cesar la represión contra el pueblo indefenso.

Al enfocar con lupa uno de los literales que integran el mapa conceptual, puede ubicarse *ipso facto* un componente que resulta más que interesante, no tanto porque haya permanecido resguardado durante cuarenta años, si no, sobre todo, porque aporta información relevante que coadyuva a lo que aquí estamos avanzando:

La Ilustración 2 presenta subrayado el sintagma: «*La Transfiguración*». Es este un arbitrio de quien esto escribe a modo de abrirle la puerta a la glosa que en seguida se hará sobre el documento que se visualizó antes.

Para comenzar, póngase atención al período del calendario litúrgico en aquel momento: Cuaresma. Tal

período, de hecho, no prescribe el central o explícito manejo de la expresión subrayada. Aun así, la alusión se inserta, como puede verse, en el mero corazón de la exégesis que Romero pretende exponer ese domingo. Debió existir una precisa razón que indujo al predicador a ubicar la referencia de modo tan destacado en el esquema guía de su peroración.

Ahora sabemos que Romero, entre las notas que alistó antes de subir al púlpito -como el mapa conceptual, por ejemplo- se hallaba entrometida la hoja con la lírica del “*Himno al Divino Salvador*” que había recibido dos días antes. El arzobispo la incluyó porque había decidido declamarla en algún momento de su predicación. Esta decisión no nace, en absoluto, de personales gustos poéticos o musicales (no había escuchado y no llegó a escuchar nunca la melodía del himno entonada con la letra). El asunto es que el susodicho himno le proporcionó el pretexto perfecto para relanzar su cara imagen exegética de «*La Transfiguración*»; una idea-fuerza que, al final, se ubica en el corazón de una refinada “teología” que emerge de Romero mismo, desde su mente, su memento y su momento. He ahí la clave que explica la campanada que lanzó el arzobispo aquel domingo frente a la multitud expectante:

«Una nota simpática también de nuestra vida diocesana: Que un compositor y poeta²¹ nos ha hecho un bonito himno para nuestro «Divino Salvador». Próximamente, lo iremos dando a conocer: «Vibran los cantos explosivos de alegría / Voy a reunirme con mi pueblo en Catedral / Miles de voces nos unimos este día / para cantar en nuestra fiesta patronal.» Y así siguen estrofas muy sentidas por el pueblo. ¡La última es muy bonita! «Pero los dioses del poder y del dinero / se oponen a que haya transfiguración / Por eso, ahora vos sos, Señor, el primero / en levantar el brazo contra la opresión»,²²

Homilía del 23 de marzo de 1980. Óscar Romero. Homilías: Tomo VI. San Salvador: UCA Editores, 2009, p. 445.

Colocado Romero en el paso de una mortífera borrasca desatada contra sus agentes (laicos, monjas, curas); tolerando intimidaciones y amenazas contra su vida; hostigado por sus homólogos obispos y desde Roma; arreando a colaboradores que se “salían del huacal” ... En medio de toda esa barahúnda, el pastor encontró la forma de proseguir, elevando, con nuevos bríos, el principio central de su “teología”.

«*La Transfiguración*» representó, en efecto, un concepto estratégico que comandó el pensamiento substancial de Romero, como sacerdote y como jerarca episcopal. La llevó siempre consigo, en su época de párroco en San Miguel, y en su última etapa como arzobispo. No en balde la enarboló en sus postremos días; la mantuvo hasta el último suspiro de su vida.

Repasemos las dos últimas alocuciones que profirió *in extremis* antes de su asesinato, para corroborar que eso fue así.

En la del domingo 23 de marzo de 1980 -su última homilía pública- una canción le abrió la puerta para darle lustre, por enésima vez, a su carísima imagen teologal, transida siempre de historia fundacional y de raigambre sociocultural salvadoreñas.

Para la siguiente jornada -la última de su existencia en esta tierra- cumpliendo con su agenda, se dispuso a officiar una misa de aniversario en sufragio de una “querida difunta”. Pero para esa ceremonia, Romero decidió, en una chispa de espontaneidad, modificar algo para nada insustancial. Aquella tarde -con el sol consumiéndose en lontananza- el arzobispo decidió dar un giro a su predicación.



ilustración 3. Aviso que fue publicado en los rotativos más importantes. Allí se anuncia que el arzobispo oficiará la misa. Ante tal imprevisión (¿o premeditación?), colaboradores cercanos sugirieron a Romero que no se presentara, pues el anuncio lo había dejado claramente expuesto. ¡Y tuvieron razón! Esa misa se transformó en la ocasión perfecta para ejecutar la venganza de “los dioses del poder y del dinero” con quien “hablaba mucho”, al decir de ellos. Y en verdad, el día anterior, domingo 23 de marzo de 1980, había hablado demasiado.

Ahora se sabe que “Él cambió las lecturas; tocaban las lecturas de la mujer adúltera y de la casta Susana...”.²³ Pero no sólo eso trocó. Además, se permitió introducir “esa página” (según sus propias palabras) “que he escogido para ella [la difunta] del Concilio Vaticano”.²⁴ Así lo justificó ante los pocos orantes “en una misa de tono familiar”.

Su más aventajado biógrafo asevera que “la homilía en memoria de doña Sarita, como la llamaba Romero, no tuvo un contenido extraordinario”.²⁵ ¡Pero quizá no fue así! Su último momento de predicación fue, por ventura, mucho más que una recordación afectuosa en la que “Romero

alabó a la difunta” en la medida en que “habría recuperado ‘purificado’, ‘iluminado’ y ‘*transfigurado*’ todo el bien que había hecho en la tierra”.

¿Qué hace pensar de este modo? El hecho de que el concepto de marras (nuevamente subrayado por arbitrio de quien esto escribe) emana convenientemente de la lectura que el mismo predicador eligió por la libre. Allí el arzobispo estaba dedicándose a sí mismo el contenido de su elección, muy probablemente para darle fuerzas a su propia intimidad sobrecogida.

El texto en cuestión es extraído de un documento del Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, en el numeral 39 que lleva por título: “Tierra nueva y cielo nuevo”:

«... los bienes de la dignidad humana... todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo - después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato- volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el Reino eterno y universal... El Reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección». Parte de la alocución que pronunció Romero en la misa de aniversario en sufragio de doña Sara Meardi de Pinto. En Pinto, Jorge (1985): *El grito del más pequeño*. México, Editorial Cometa, Pág. 278.

Parece una salutación bastante escatológica como para conmemorar a una dulce matrona acomodada. Pero Romero se encontraba ya en visión de otro mundo, su espíritu rezumaba trascendencia, y en su cabeza volvió a revolotear la noción de «*La Transfiguración*» en el sentido de una terrenal condición salvífica transida de glorificación celestial, lo que era su gran divisa como recurso hermenéutico de la realidad salvadoreña; la misma que

había enarbolado el día anterior en su épico sermón.

Ese último suspiro exegético representa el sello de fuego para su más caro epítome teologal sostenido a lo largo de su vida dedicada al Reino de los Cielos. Así selló de manera terminante el ahora San Romero su apuesta por la fuerza reflexiva que entrañaba para él la imagen de «*La Transfiguración*»: frente al altar del sacrificio, minutos antes de que su magnánimo corazón fuese destrozado por la peregrina bala que lo envió al infinito reino del amor divino.

En conclusión, el libro de Colón-Emeric nos ayuda a comprender que:

1) El magisterio de Romero como arzobispo puede auscultarse como objeto de estudio que da de sí para establecer la existencia de un pensamiento teológico acabado y original.

2) Los cimientos de la edificación teológica romeriana son absolutamente clásicos (Escrituras sagradas; Doctos Padres de la Iglesia; Magisterio Vaticano; Cartas y Textos Episcopales latinoamericanos). Y estas basas son las que le conferirían al erudito pensamiento del mártir cuscatleco, un alcance universal, al menos para la porción cristiana occidental del orbe.²⁶

3) El tema de «*La Transfiguración*», como idea-fuerza teológica, le sale al paso al término “liberación”. Romero, francamente, nunca desautorizó a la teología de liberación. También es verdad que nunca se apegó de manera adusta a ella. Lo que él hizo fue ser fiel, en su reflexión y exposición pública, a la historia y a la cultura salvadoreña. Esta constatación es uno de hermosos puntales de la concienzuda investigación de Colón-Emeric.

Para terminar, quiero afirmar que el concluyente estudio de Edgardo Colón-Emeric nos ha hecho un gran servicio: